

December 2002

Número 33: Primer Domingo de Adviento - Domingo después de Navidad

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2002) "Número 33: Primer Domingo de Adviento - Domingo después de Navidad," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2002 : No. 33 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2002/iss33/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 033 – Diciembre 2002

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: René Krüger

Domingo 01.12.2002 – Primer Domingo de Adviento

Salmo 80:1-7.16-18; Isaías 64:1-9; 1 Corintios 1:3-9; **Marcos 13:24-37**

Introducción

Marcos 13 es una pieza única dentro del conjunto de ese Evangelio. Tiene una línea temática coherente, pero los materiales son muy abigarrados en cuanto a su origen. El texto se presenta como enseñanza apocalíptica construida a partir de la pregunta de los discípulos del v. 4. El texto revela un fino trabajo redaccional sobre las tradiciones recibidas, presentándonos a un Jesús que realiza una superación de los marcos de las preocupaciones apocalípticas de su momento.

Consideraciones exegéticas

Ante el cuadro polifacético de este capítulo surgieron básicamente dos interpretaciones extremas. Algunos sostienen que Marcos 13 es una ampliación cristiana de un apocalipsis judío; otros, que se trata de una complementación apocalíptica de una serie de palabras de Jesús. Luego están aquellos que ven aquí tradiciones que tienen su matriz en la apocalíptica judía y al mismo tiempo, palabras originales de Jesús, mezclándose todo ello con reflejos de experiencias del cristianismo primitivo y con la redacción. Es imposible tratar aquí a fondo esta cuestión; lo que sí es importante es notar que la apocalíptica del judaísmo se introdujo en la temprana cosmovisión cristiana; y que sus imágenes y esquemas fueron transformados enérgicamente por Jesús.

Hay cinco conjuntos de materiales diferentes en Marcos 13: la destrucción de Jerusalén, los engaños y las tentaciones de los falsos cristos, la persecución de los cristianos, la segunda venida de Jesús y la necesidad de estar preparado. La redacción compaginó estos conjuntos formando un discurso coherente, sólidamente estructurado como una gran simetría que por razones de espacio lamentablemente no podemos presentar aquí. Digamos tan sólo que en esta simetría (como en muchas otras) la primera parte (Marcos 13,1-9) anuncia los principales temas, mientras que la segunda (Marcos 13,11-37) los desarrolla. Lo decisivo para la interpretación de todo el capítulo es el versículo central de la estructura simétrica, el 10, de un contenido es verdaderamente “antiapocalíptico”, pues inculca la necesidad de la proclamación universal del Evangelio: *Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones*. (Esto es prácticamente una versión sintética de la gran comisión de Mateo 28). Mediante esta “cuña” incrustada de manera llamativa en medio de todo ese panorama apocalíptico, el texto desvía literalmente la atención de las especulaciones sobre el fin del mundo y coloca el énfasis en la tarea misionera. Tengamos,

pues, en cuenta esa perspectiva misionera central – en el doble sentido de la palabra – que trastoca el tradicional esquema apocalíptico.

Nótese que el texto contiene también una crítica – si bien velada, no menos efectiva – de los poderes imperiales y reales. El sol, la luna y las estrellas, además de tener significados astrales y apocalípticos, también constituían símbolos del poder político en diversos pueblos. Estas tradiciones se remontan a la antigua Mesopotamia y en parte también a Egipto. Marcos 13 advierte que estas potencias caerán una tras otra, mientras que el Hijo del Hombre desplegará todo su poder y congregará a los suyos de todo el mundo.

Hacia el final del capítulo (vs. 33-37) se plantea la necesidad fundamental de mantenerse en expectativa. Este llamado a velar se combina con el mandato misionero del v. 10, con la exhortación a la perseverancia vinculada a la promesa de salvación (v. 13), y con la certeza de la calidad permanente de la palabra de Jesús (v. 31). Queda conformado así todo un programa en contra de los posibles engañadores y las “falsas alarmas” fundadas en circunstancias terribles. Las catástrofes aparecen pintadas con los clásicos colores apocalípticos: guerras, rumores de guerras, enemistades, persecución, terremotos, hambre, divisiones – incluso familiares, odios, angustias, opresión.

Ante este cuadro global conviene tener presente tres cuestiones. En primer lugar, el análisis de las tradiciones apocalípticas nos indica que se trata de un lenguaje empleado sobre todo en tiempos de enormes peligros y persecuciones políticas. Ese lenguaje permitía expresar el dolor y a la vez la certeza de que Dios se oponía totalmente a ese estado de cosas, y que pronto iba a intervenir para liberar a quienes permanecían fieles. Segundo, ese lenguaje no tiene nada de misterioso ni de “loco”, sino que es una expresión genuina de la fe en el Dios todopoderoso. Tercero, el género apocalíptico se emplea para fortalecer la fe, dar firmeza al amor, brindar cohesión grupal y sostener la identidad en tiempos terribles. Tergiversa su propósito aquel que usa los textos apocalípticos para especular acerca del futuro, la modalidad y la fecha del fin del mundo. Jesús mismo advirtió contra esta mala praxis, tan arraigada en los espíritus caldeados y expectantes de su época. La máxima advertencia contra toda especulación es el dicho sobre el desconocimiento de “aquel día y la hora” (v. 32) incluso por parte del Hijo. Es que las promesas de Dios y la misión que Él encarga a su iglesia sobrepasan con creces toda turbulencia y toda manipulación de la historia.

Reflexión teológica

Lo apocalíptico goza de mayor o menor prestigio en el mundo actual. Las imágenes del 11 de septiembre de 2001 recorrieron innumerables veces todo el orbe. En las últimas semanas, las tomas de las furiosas erupciones del volcán Etna suministraban exactamente esa mezcla de espectáculo de horror y de fascinación que tanto encanta. Desde hace décadas, los medios nos brindan visiones horripilantes: guerras, revoluciones, matanzas, masacres, catástrofes ecológicas, SIDA, terremotos, muertes de todo tipo. La televisión desparramó por todo el mundo las tomas dramáticas de la explosión social argentina de diciembre de 2001 – pero pocas veces se ven las búsquedas de alternativas que lentamente se van construyendo: solidaridad a nivel del pueblo, apostolados desinteresados de enfermeras y maestras muy humildes, ejemplos de trabajo honesto, ayuda y contención comunitaria de personas que sufren. Lo apocalíptico siempre brinda más facetas comercializables que el amor.

Diversos grupos e individuos religiosos se nutren de las catástrofes para sustentar su esquema de fe. Aprovechan situaciones desastrosas para sostener que el fin está cerca y que por consiguiente es urgente aceptar su oferta de interpretación de la realidad con el objetivo de prepararse adecuadamente para la consumación del mundo.

Es un verdadero alivio, un empujón liberador, constatar que todo el discurso de Jesús en Marcos 13 es instructivo y no catastrófico. Brinda ánimo, señala claramente la centralidad de la misión cristiana, indica la firmeza de la Palabra del Señor. No tiene por meta asustar, provocar pánico o ejercer presión sobre espíritus temerosos. Las palabras de Jesús contienen un claro NO a señales unívocas y cronometrables del fin. Un NO a especulaciones sobre la historia y su final. Un NO a programas detallados, signos y fechas. Un NO a todo sectarismo. Un NO a la prédica sádica, masoquista o sadomasoquista sobre los horrores del infierno. En última instancia, el discurso de colores apocalípticos es un NO a toda presentación apocalíptica vulgar de la realidad.

En cambio, es un fuerte SÍ a la preparación de la correcta actitud ante todo lo que venga o vendrá. Es una exhortación misional y ética en momentos concebidos como finales, dramáticos y dolorosos. El texto no contiene una descripción detallada del fin, no fomenta mesianismos nacionalistas de ningún tipo, no inculca odio ni venganza, y ni siquiera tiene referencias a Satanás. Pero sí contiene una meta clara: la preparación de la comunidad cristiana en vista de los peligros en los que se meterá por causa de su testimonio. Esta preparación se realiza mediante la construcción de la fe en el Señor que ha de venir. Aquí vibra un tema capital del EvMc: el testimonio del discipulado, que se realiza y se perfecciona en el seguimiento sufriente de las huellas del Hijo del Hombre (Marcos 8,34-38). He aquí un criterio para juzgar toda predicación apocalíptica actual – religiosa, secular, mediática o del tipo que fuere – y a la vez un criterio fuerte para orientarnos en la formulación de un mensaje sano y claro.

Con la presentación redaccional que hace el evangelista, se fortalece la fe de la comunidad cristiana, pues ella ya conoce a Aquel que ha de venir, al Señor crucificado y resucitado. No le han de asustar las catástrofes, pues no son lo decisivo en el plan de Dios. El énfasis del mensaje está puesto en la evangelización, la fidelidad y la oración, la constancia en medio de las tentaciones y los desastres. La proclamación del Evangelio es señal del Reino que viene.

El sufrimiento ha de ocupar un lugar central en esta reflexión. La predicadora o el predicador debe dejarse interpelar por la acuciante pregunta acerca del dolor, su origen y su eliminación; y permitir que el texto fortalezca y anime a las personas a compartir el sufrimiento de las demás, en actitud de humildad y servicio. De esta manera, la fidelidad a Jesús, la alerta, el velar y orar, pueden convertirse en fe dinámica y transformadora; o sea, en amor al prójimo.

Posible esquema para la predicación

Es conveniente que la predicación evite la repetición mecánica del texto bíblico. Dadas las grandes distancias que nos separan de aquellos esquemas apocalípticos, no es recomendable emplear el modelo de homilía, que interpreta y aplica versículo por versículo. En cambio, es recomendable plantearse algunas preguntas de partida: ¿Qué preocupa, qué conmueve, qué debe preocupar y conmover hoy a las personas y a la iglesia? Sobre este trasfondo de la realidad podrían elaborarse las propuestas del texto de la siguiente manera:

- Vida cristiana de seguimiento, testimonio y preparación:
 - En un mundo inquieto,

- En una iglesia que comparte el sufrimiento de las personas;
- Con la proclamación del Evangelio.

- *Vida cristiana de seguimiento y testimonio en un mundo inquieto*: siempre será necesario fijar la visión hacia adelante. Esto implica un testimonio decidido en medio de los problemas que apremian a nuestra sociedad. Es un NO a las ilusiones baratas, las promesas falsas, los mesianismos de ciertas figuras de terror que se presentan como “los únicos que pueden solucionar las cosas”. Es un SÍ al uso inteligente y comprometido de todas las posibilidades de servicio y testimonio, basado en la voluntad de Dios; un testimonio que puede darse en múltiples esferas: social, política, eclesiástica, religiosa, económica, cultural, científica.

- *Vida cristiana de seguimiento y testimonio en una iglesia que comparte el sufrimiento de las personas*: la iglesia no es una torre de marfil, un castillo seguro contra todos los embates diarios. Ha de ser sí un espacio de contención de quienes sufren esos embates, un ámbito de consuelo mutuo y de celebración de la presencia del Resucitado, un lugar de encuentro para afianzar la fe en el Dios de la vida en medio de los poderes de la muerte, un territorio donde nos ejercitamos a velar y a orar. Aquí cabe un NO a todo sistema que engendra miseria, muerte, destrucción. También un NO al éxito religioso y a una teología que promete prosperidad a cambio de la entrega de la voluntad y de dinero (¡) a quien la predica. Un NO a la búsqueda de influencia, poder, prestigio y resonancia de la iglesia. Por el contrario, un claro SÍ a la fidelidad, la constancia en la fe y el amor, la ferviente oración, la disposición para el Señor que viene al encuentro nuestro en las personas más humildes y necesitadas.

- *Vida cristiana de seguimiento y testimonio con la proclamación del Evangelio*: ésta ha de ser la marca distintiva de la iglesia. Cumpliendo esta tarea, la comunidad “vela y está preparada para la llegada del señor de la casa”, en Adviento, en Navidad, en su Palabra, en el prójimo, en la comunidad, en los sacramentos y en cualquier momento. Para llevar a cabo este encargo, la iglesia dispone de los mismos medios que usó Jesús: la palabra, la obra de amor, el compromiso, la solidaridad, la comunidad, la oración, los sacramentos. Sólo así podrán producirse adhesiones voluntarias, maduras y convencidas.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 033 – Diciembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: René Krüger****Domingo 08.12.2002 – Segundo Domingo de Adviento**Salmo 85:1-13; Isaías 40:1-11; 2 Pedro 3:8-15; **Marcos 1:1-8****Introducción**

A primera vista estamos ante un texto “sencillo”, muy conocido, perfectamente delimitado y fácil de comprender. Sin embargo, estos 8 versículos contienen una serie de dificultades que exigen un estudio detenido. Lamentablemente no es posible hacer una exégesis exhaustiva en pocas páginas. Ni siquiera podemos resumir todas las dificultades y las numerosas respuestas que se intentaron.

La dificultad comienza por el significado preciso de varios términos claves: *principio*, *evangelio*, *Cristo*. Continúa con la relación que tiene *evangelio* con *Jesucristo*; prosigue con la delimitación exacta de las subunidades del texto y con la combinación de diferentes citas del AT. Abarca finalmente algunos problemas de crítica textual, siendo la principal la omisión de *Hijo de Dios* en el v. 1 (sin entrar a discutir esta cuestión, diremos que los argumentos externos – mejores testigos – e internos – coherencia con Marcos 1,11, diversos otros textos y el “cierre” en Marcos 15,39 – favorecen la lectura *Hijo de Dios*).

Para la reflexión teológica sobre el texto es conveniente tener en cuenta los contenidos de la unidad ampliada Marcos 1,1-15, ya que los vs. 14-15 constituyen una inclusión literaria y temática del texto propuesto para la predicación.

Consideraciones exegéticas

V. 1 Tal como los autores de muchas obras de la antigüedad helenística, también el evangelista que llamamos Marcos enumera sus principales preocupaciones temáticas en la introducción de su libro. Coloca un encabezamiento (vs. 1-3) al comienzo de la sección introductoria (v. 1-15), e introduce a Juan (vs. 4-8) y a Jesús (vs. 9-15). Jesús aparece como el que *proclama* y *trae* el Reino de Dios. El escrito mostrará cómo Jesús realiza esto en abierta confrontación con las fuerzas del mal, que encarnadas en las personas y estructuras dirigentes, darán muerte al Hijo de Dios; pero serán vencidas a su vez por la resurrección. El pasaje introductorio promete que Jesús otorgará el Espíritu a sus seguidoras y seguidores.

Comienzo o *principio* puede significar el *punto de partida*, el *comienzo “físico”*, los *fundamentos* o *principios*, *el origen*. Al no haber verbo en el v. 1, la frase adquiere el carácter de un encabezamiento o título. Cabe preguntar de qué exactamente, si de la introducción o de todo el libro. Consideraciones sintácticas y comparaciones literarias parecen oponerse a lo último, pues para ser título general, la frase debería ser gramaticalmente independiente de los vs. 2-3. El

v. 2, por su parte, es inseparable del primero, pues comienza con un adverbio comparativo (*como*) que remite a lo anterior. El significado último dependerá del sentido que se obtenga de la frase que califica el término: *evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*; y de la relación de Marcos 1,1 con lo que sigue. Por de pronto, *comienzo* del Evangelio se refiere en primer lugar a lo presentado en los vs. 4-15, que constituye la inauguración del mensaje de buenas nuevas de la presencia tan largamente anticipada y esperada de la era de salvación.

Como muchos lectores de la antigüedad identificaban a los libros por sus primeras palabras, se ha sugerido que *Evangelio de Jesucristo* es el título del libro presentado por Marcos. Ahora bien, esta interpretación es posterior, y forma parte del proceso por el cual la palabra *evangelio* pasó a designar también este género literario.

El término griego *evangelio* remite a las buenas nuevas que traían los heraldos. La traducción de la Biblia hebrea al griego, la Septuaginta (LXX), emplea el correspondiente verbo (*evangelizar* = anunciar) con relación a las buenas nuevas de que Dios estaba restaurando su pueblo. En el ambiente helenístico y en el mundo romano, el vocablo podía remitir a anuncios de tipo político (victorias, nacimiento del heredero del trono).

La proclamación misionera de la iglesia entendía bajo este término el núcleo querigmático centrado en la muerte, resurrección, exaltación y parusía de JC, tal como lo revela el material prepaulino de 1 Tesalonicenses 1,5.9-10; Romanos 1,2-4 y 1 Corintios 15,3-5; y como lo sintetizan varias palabras en Hechos, como p. ej. las de Pedro ante Cornelio en Hechos 10.36-38.

En Marcos 1,1 el uso del término difiere de este empleo cristiano previo, pues Marcos amplía la concepción de la expresión a toda la actuación pública de Jesús. No se conoce otro registro literario previo de esa ampliación. Es decir, Marcos fue el primero en comprender el ministerio terrenal completo de Jesús como *Evangelio*. Además, por lo que se sabe, Marcos fue el primero en volcar a una obra literaria todo esto que él concebía como inherente al Evangelio. Con ello se transformó en el creador del género literario *evangelio*, traspasando la anterior aplicación del vocablo a la proclamación oral; y preparó el camino para la práctica posterior de la iglesia de designar como *evangelios* los cuatro documentos de ese género. Como nota interesante, diremos que ante la armonización de los cuatro evangelios Mateo, Marcos, Lucas y Juan, en una sola obra, el Diatesaron, realizado por el sirio Taciano en la segunda mitad del siglo II, la iglesia mayoritaria prefirió mantener el “evangelio cuadriforme”, pues entendía que se trataba de un solo Evangelio, aunque se presentaba literariamente “en cuatro formas”.

El proceso de ampliación de la comprensión de *evangelio* sólo fue posible porque su contenido ya existía previamente como ingrediente esencial de la vida misma de Jesús. La actuación y la enseñanza públicas de Jesús eran el desarrollo del proyecto de Dios, por así llamarlo, que encontró su punto culminante en la muerte y resurrección de Jesús. La aplicación del término *evangelio* a esa totalidad no fue una traición de una concepción prepaulina y paulina, sino la profundización de la comprensión de la presencia salvífica y liberadora de Dios en Jesucristo.

La fórmula *evangelio de Jesucristo* abarca de esta manera *el evangelio sobre JC* (genitivo objetivo), es decir, *las buenas nuevas relativas a Jesucristo* (o *Jesús el Cristo*); y a la vez *el evangelio proclamado por Jesucristo* (genitivo subjetivo) mediante sus palabras y obras. Lo primero corresponde al uso del término en la misión primitiva de la iglesia; lo segundo, a un énfasis que aparece en Marcos 1,14. En esta comprensión, la proclamación de Jesús de las buenas nuevas en palabras y acciones en vista de la esperanza basada en la promesa del AT se “fusiona” con la proclamación de la iglesia de las buenas nuevas de la muerte, resurrección y venida de

Jesucristo. El ministerio completo de Jesucristo cumple la promesa del AT de la era de liberación, tipificada por Isaías y otros. La “médula” del evangelio es Jesús el Mesías, el Hijo de Dios.

De todo ello se deduce que el término *evangelio* en Marcos 1,1 se refiere al contenido de toda la obra literaria. No alcanza con referir el vocablo sólo al género literario. *Evangelio* es aquí la buena nueva tal como es proclamada por la iglesia, presentada ahora de manera escrita.

Cabe ver si *Cristo* es nombre propio o título. Los escritos de Pablo demuestran que *Cristo* pasó a ser nombre propio ya antes de la redacción de los evangelios sinópticos. En el EvMc, *Cristo* puede tener ambas funciones. Si bien en Marcos 1,1 cumple función de nombre, no ha perdido su significado mesiánico. En términos generales, el paso de título a nombre corría de manera paralela al paso del evangelio de ambientes judeocristianos a helenocristianos.

La aclaración esencial *Hijo de Dios* anuncia que el escrito focalizará su atención sobre la persona de Jesucristo (o Jesús el Cristo), identificado como Hijo de Dios. La autenticidad de esta fórmula recibe un apoyo importante a nivel de la coherencia del texto por su empleo en Marcos 1,11; 3,11; 5,7; 9,7; 12,6; 13,32; 14,61-62 y 15,39.

Vs. 2-3 Marcos 1,2b-3 es una composición de citas de tres pasajes del AT: Éxodo 23,20 (según el texto griego), el texto hebreo de Malaquías 3,1 y el texto griego de Isaías 40,3. La clave está en la combinación redaccional de estas palabras. Esta misma combinación, montada sobre la formulación *preparar el camino*, ya existía en el entorno judío de la época. Apuntaba a la venida de alguien que prepararía al pueblo de Dios para el día escatológico del Señor. Al incorporar estas frases, Marcos da a entender que el Evangelio de Jesús está en una línea de continuidad con la historia de su pueblo, incluyendo a Juan el Bautista, y que es la culminación de esa historia de liberación.

El *ángel* de Éxodo 23,20 se refiere al mensajero enviado por Dios para proteger y guiar a Israel. Malaquías 3,1 se refiere al mensaje que preparará el camino para la venida del Señor como Juez. Si originalmente la *preparación del camino* provenía del llamado a prepararse para una marcha triunfal guiada por Dios mismo que venía a restaurar a su pueblo, ahora el texto de Isaías 40,3 es aplicado al rol del Bautista como heraldo que anuncia un bautismo de arrepentimiento y la venida de alguien mayor que él. De esta manera, Marcos organiza una transferencia de la aplicación de textos de Dios a Jesús.

Vs. 4-5 El bloque de los vs. 4-8 es una combinación redaccional de diversos elementos tradicionales relacionados con el Bautista, seleccionadas por Marcos bajo la perspectiva de Isaías 40,3.

En el mundo judío había diversos lavados rituales: el lavado de las manos, el baño ritual diario, el baño único de inmersión para prosélitos. El *bautismo* de Juan se relaciona con este último.

El *arrepentimiento* era una práctica religiosa que incluía la decisión a cambiar la actitud pecaminosa y a recibir el perdón de Dios. El término griego se refiere literalmente a un cambio de mente. El substrato hebreo, sobre todo en el lenguaje de los profetas, apunta a una *vuelta*, un cambio total de rumbo, es decir, del estilo de vida. En la época neotestamentaria, el ejemplo sobresaliente de *cambio* en el mundo judío se producía cuando un no judío se decidía a asumir la ley del pueblo de Israel, convirtiéndose a la religión judía. Plantear, pues, a personas judías que tenían necesidad de arrepentirse y bautizarse de la misma manera que esas personas no judías, era chocante y ofensivo, pues las cuestionaba profundamente en su comprensión de su relación con Dios. Juan el Bautista les exigía un comienzo radicalmente nuevo.

Además de cuestiones prácticas por la necesidad de agua para el bautismo, la localización junto al Jordán podría tomarse como una referencia a la entrada a la Tierra prometida (Josué 3-4). El desierto era una alusión a la historia de la presencia de Dios y a la prédica de Isaías 40. Además, diversas expectativas mesiánicas vinculaban la aparición del Mesías con esa geografía. Los textos bíblicos suelen estar repletos de este tipo de referencias históricas implícitas, “naturales” y muy significativas para las lectoras y los lectores de aquel tiempo; y recuperadas hoy gracias al estudio de las tradiciones. Ahora bien, también debe advertirse ante la tentación de querer ver un símbolo en cada fruta, pelo o piedra que aparezca.

V. 6 La vestimenta llamativa del Bautista también puede tomarse como referencia histórica: así se vestía el profeta Elías (2 Reyes 1,8). Esto a su vez se relaciona con la esperanza de la venida de Elías antes del fin (Malaquías 3,1). De esta manera, el texto nos presenta a un profeta que se vincula con la proximidad del cumplimiento de la promesa de la venida del Señor. La descripción da la impresión de que Marcos podía suponer que sus lectoras y lectores conocían la figura del Bautista.

V. 7 El dicho sobre el *más poderoso* quiere dejar en claro que Juan no tiene aspiraciones mesiánicas. El público lector debe saberlo de entrada.

V. 8 Para la comprensión de este dicho tienen importancia algunas palabras veterotestamentarias que vinculan el Espíritu con la purificación (cuyo elemento por excelencia es el agua; Ezequiel 36,25-27) y con la acción de fertilizar (Isaías 44,3). Por su parte, Joel 3,1-2 llegó a ser un texto de importancia capital para la comprensión de Pentecostés. En síntesis, en Marcos 1,8 se alude a la purificación del pueblo y a su capacitación para la obra de Dios. Y esto será obra de Jesús, no del Bautista. Éste sólo tiene una función preparatoria, y en esta frase habla explícitamente como profeta.

Reflexión teológica

Hay una serie de temas esenciales en estos 8 versículos, de los que tomamos apenas dos: la comprensión de *evangelio* y la implicancia de hablar de *arrepentimiento*.

1. El mérito fundamental – si se permite ese término – del evangelista Marcos consistió en incluir en la concepción de *evangelio* toda la etapa de obras y enseñanzas de la “vida terrenal” de Jesús, ampliando de esta manera una primera comprensión que centraba la proclamación en el anuncio del carácter salvífico de la muerte, resurrección y exaltación de Jesús el Cristo (o Jesucristo). Marcos “encarnó”, por así decir, el final de la vida de Jesús (muerte y resurrección) en los años que lo antecedieron. A partir de Marcos en adelante, el anuncio de las acciones y enseñanzas de Jesús se concebía como parte inseparable del anuncio salvífico.

Mateo y Lucas, por su parte, profundizaron aún más este panorama, incorporando en sus respectivos escritos todo lo que podían recuperar de las enseñanzas de Jesús. Para ello, combinaron el EvMc con la Fuente de los Dichos y otras fuentes peculiares. El resultado final fue la concepción del Evangelio tal como la hemos recibido nosotros a través de la predicación y la catequesis.

2. Es incómodo, difícil y a veces peligroso plantear la necesidad de arrepentimiento a una comunidad religiosa, medianamente segura de sí misma, confiada en que tiene una correcta comprensión de Dios y que su manera de vivir corresponde a la voluntad del Señor. Juan el Bautista lo hizo, Jesucristo lo hizo; y ambos se expusieron con su llamado, arriesgando incluso

sus vidas. Pero lo hicieron no por el mero deseo de protestar, sino en el marco del anuncio de un proyecto alternativo de Dios.

La iglesia cristiana, si quiere ser fiel a su misión, cuenta para esta tarea con la presencia del Señor a través de su Espíritu. Adviento, antes que un romántico sueño o una época de frenéticos preparativos para la fiesta navideña, ha de ser un momento de profunda revisión de nuestra relación con Dios y de reflexión sobre la misión que él nos encarga. La significativa figura del Bautista, las reflexiones del evangelista sobre la preparación de la venida de Jesucristo, el llamado al arrepentimiento, todo ello puede ayudarnos en este proceso.

Posible esquema para la predicación

El texto ofrece muchas pistas, todas igualmente importantes e interesantes. Lo que sigue, es apenas un intento a partir del segundo tema teológico indicado.

- Quienes oímos y quienes predicamos el mensaje, estamos en la misma línea que Juan el Bautista, y somos *heraldos* de Jesucristo. Nuestra misión es colaborar con el anuncio de su Evangelio. Esto es un enorme privilegio, por más dificultades y riesgos que implique.
- El anuncio del evangelio abarca la conciencia y la denuncia del pecado personal, comunitario, social y estructural; incluye el anuncio del carácter salvífico de la muerte y resurrección de Jesucristo; y compromete a un tipo de vida diferente – alternativo – frente al “común” de la sociedad, en seguimiento de Jesucristo.
- Para poner en práctica este anuncio y la vida alternativa, Jesucristo mismo nos da el Espíritu Santo.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 033 – Diciembre 2002

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: René Krüger

Domingo 15.12.2002 – Tercer Domingo de Adviento

Salmo 126; Isaías 61:1-11; 1 Tesalonicenses 5:16-24; Juan 1:6-8 y 19-28

Introducción

La actuación pública de Juan el Bautista con seguridad había suscitado expectativas o por lo menos inquietudes mesiánicas. Prueba de ello es la delegación enviada desde Jerusalén para interrogar al predicador en el desierto. Incluso después de la actuación de Jesús, algunos grupos de creyentes asignaban una importancia fundamental a Juan. Hechos 19,3.4 guarda la memoria de aquellos creyentes que hasta ese momento sólo habían conocido el bautismo de Jesús. El historiador judío Flavio Josefo también menciona los discípulos del Bautista. Sin lugar a dudas hubo también una cierta rivalidad entre los seguidores de Jesús y Juan el Bautista, como lo indican algunos textos evangélicos (Mateo 9,14; Lucas 11,1).

Al cuarto evangelista no le interesan ciertas particularidades peculiares del Bautista: la mención del juicio de su predicación, su vestimenta, su comida. Lo que le interesa es su calidad de testigo que responde aquí a la pregunta esencial: ¿Quién es el salvador?

Repaso exegético

Los vs. 6-8 son una inserción en el prólogo del EvJn que abarca los vs. 1-18. Lo mismo vale para el v. 15. La segunda parte, vs. 19-28, dan continuidad a la primera referencia al Bautista. Las tres partes contienen el mismo anuncio: Juan no es el Mesías. Tan sólo da testimonio de él.

Vs. 6-8 El evangelista interrumpe el desarrollo del himno del *Logos* con el objetivo de presentar el testimonio del Bautista sobre la Luz, es decir, el *Logos* encarnado en Jesús.

El ministerio del Bautista fue una designación divina, no una pretensión personal. El cuarto evangelista usa con frecuencia el verbo *enviar* para hablar del ministerio de Jesús. Aquí lo aplica al Bautista, y es correcto que así lo hiciera. Es posible que algunos de los lectores del Evangelio estuvieran poniendo un énfasis excesivo en la importancia de Juan el Bautista, viéndolo incluso como “La Luz”, a saber, la luz de la salvación. Hechos 19:3, 4 contiene una reminiscencia de esta adhesión al Bautista. Frente a ello, el evangelista se propone rectificar cualquier malentendido desde el comienzo mismo de su evangelio (cf. también los vs. 15, 26, 27). El texto no sólo niega expresamente que Juan sea la luz, sino que afirma dos veces su función como *testigo* de la luz (vs. 7 y 8). Tanta insistencia es claro indicio de un conflicto de adhesiones e identidades. El evangelista subraya que el propósito del Bautista era *dar testimonio de la luz, para que todos*

creyesen por medio de él. Con esta formulación, el evangelista construye la función de todos los verdaderos testigos cristianos.

Vs. 19-28 El término *judíos* es usado con frecuencia por el cuarto evangelista, pero no siempre le da el mismo contenido. Puede referirse geográficamente a los habitantes de Judea, para distinguirlos de los de Galilea; puede ser empleado para hablar de los judíos que no creían en Jesús; y sobre todo puede significar a los líderes judíos, opuestos a Jesús.

La pregunta acerca de la identidad del Bautista es esencial a la hora de definir la validez del testimonio. La pregunta sobre el profeta *Elías* es una alusión a Malaquías 4,5. Es posible que el autor del evangelio corrija aquí la visión transmitida por Mateo y Marcos, según la cual Jesús mismo identifica al Bautista con el esperado Elías (Mateo 11,14; 17,12//Marcos 9,13). En cambio, el cuarto evangelista aclara que el Bautista no tuvo esa pretensión, así como menos aún quiso ser el Mesías.

La pregunta acerca del *profeta* proviene de Deuteronomio 18,15-18. Este texto solía ser entendido como una referencia a un personaje precursor o anunciador del fin de los tiempos. El Bautista, por su parte, asume ser la voz de la que habla Isaías 40,3.

Una vez aclarado esto, surge la pregunta del porqué de los bautismos. Ello le brinda la oportunidad al Bautista para introducir la diferencia entre su ministerio y el del Mesías. A la vez, este pasaje introduce el próximo, que contiene la célebre indicación de que Jesús es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Estos testimonios y el contraste entre ambos bautismos, el de Juan con agua y el de Jesús con el Espíritu Santo, con un claro contenido superior de este último, son elementos usados por el evangelista no sólo para realzar la figura de Jesús frente a la del Bautista, sino para diferenciarla cualitativamente.

Reflexión teológica

Si tanto se insiste en que el Bautista no es el Mesías (y según este evangelista, ni siquiera el precursor Elías o el profeta), sino que él sólo da testimonio del Mesías, es porque algún grupo importante creía que sí lo era. Ésta fue la “tentación” de Juan el Bautista, similar – si se quiere – a la de Jesús. El Bautista tenía suficiente patrimonio como para sentirse un Mesías: gente que se mostraba atenta a su prédica, un mensaje fuerte, cierto éxito, un estilo de vida excéntrico. Frente a ello, el evangelista subraya que Juan el Bautista es el prototipo del auténtico testigo de Jesús. Partiendo del hecho de que el ser testigo es parte esencial de la vocación cristiana, la figura del Bautista como testigo clave para Jesús se convierte en paradigma de la existencia cristiana. Esto tiene algunas implicancias concretas.

El testigo no es salvador. No sólo las personas con éxito en las esferas religiosas (teleevangelistas, milagreros, gurús, místicos célebres), sino también los individuos victoriosos en las esferas políticas están en la constante tentación de creerse salvadores. Así como es una blasfemia creerse salvador de almas (y – para colmo – anunciar cuántas almas uno salvó en tal o cual campaña), también es una blasfemia creerse el único capaz para sacar a una institución o incluso un país del estancamiento o salvarlo de la ruina. La actual crisis de los países latinoamericanos, agudizada por los dramáticos efectos de empobrecimiento y miserización causados por la economía neoliberal globalizada, es caldo de cultivo para esperanzas y pretensiones mesiánicas.

Aquí es de vital importancia tener claridad sobre la diferencia de planos, el de la salvación por Jesucristo y el de la responsabilidad por la construcción de una sociedad justa e integradora. La mezcla de ambos planos no sólo genera confusión, sino también frustración; y, lo que es peor, crea nuevos dictadores, seres crueles y perversos. Nosotros no somos los constructores y las constructoras del Reino de Dios. Podemos ser colaboradores y colaboradoras de la obra que realiza Dios. Esto no nos libra de la responsabilidad por todas las esferas que hacen a la vida en sociedad: justicia, solidaridad, protección de los miembros más débiles del cuerpo social, inclusión de los marginados, denuncia de la injusticia, arduo trabajo por el bien común. Pero todo esto no es la salvación del mundo. Es tan sólo el inicio del cumplimiento de la voluntad de Dios para su humanidad. En la articulación de ambas dimensiones se juega nuestra existencia como testigos.

Un verdadero testigo encamina a las personas a Cristo y no a su propia persona. Es como un planeta o satélite que recibe la luz del sol y la transmite, indicando cuál es la fuente de esa luz. No es necesario ni lícito creerse más que eso. Alcanza con tener dignidad como hijas e hijos de Dios.

El o la testigo da su testimonio con su vida entera, con palabras, obras, actitudes. En el Bautista el testimonio tomó forma de predicación, bautismo, invitación, anuncio, un estilo de vida austero, humildad, firmeza. Es imposible copiar con exactitud estilos de vida de otras personas, pues cada ser humano es único y peculiar; pero el paradigma de Juan nos muestra una manera de ser auténtica, integral y comprometida con Jesucristo; y en ello consiste precisamente su ejemplo. Es tarea nuestra elaborar nuestra propia manera de vivir como testigos. El texto de la Epístola previsto para este domingo, 1 Tesalonicenses 5,16-24, es un bello ejemplo de orientación bíblica para la construcción de una vida comprometida con Cristo.

Hacia la predicación

Adviento es una preciosa oportunidad para reflexionar sobre Aquel que vino, que viene, que está y que vendrá. El texto previsto brinda varias posibilidades para la elaboración de un mensaje sobre nuestra relación con Cristo, que siempre será una relación entre la fuente de la luz y el reflector – reflector bueno que irradia la luz que recibe o reflector pésimo que se cree luz, eclipsando así la verdadera luz. Esto podría formularse de la siguiente manera:

Entre la tentación del mesianismo y la autenticidad del testimonio:

- Tomar conciencia de la tentación de ser un “pequeño Cristo” para sí mismo, que quiere cosechar éxito y aprovechar privilegios – aunque más no fuere, algún reconocimiento o aplauso.
- Asumir la posibilidad de dar testimonio de Cristo con la vida entera. ¿Cómo cumplir con este mandato? Juan el Bautista brinda una valiosa inspiración para ello.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 033 – Diciembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: René Krüger****Domingo 22.12.2002 – Cuarto Domingo de Adviento**Salmo 89:1-4.19-26; 2 Samuel 7:1-11, 16; Romanos 16:25-27; **Lucas 1:26-38****Problemas exegéticos y actitud teológica**

Lucas ensambló de manera paralela las historias introductorias de Juan el Bautista y Jesús. Este procedimiento literario consiste en una comparación silenciosa, llamada *synkrisis* en la literatura griega de aquella época. Ambas historias tienen una serie de similitudes: presentación de los personajes, condiciones especiales (edad avanzada, virginidad), el Ángel Gabriel, primeras respuestas con cierta duda, “No temas” + nombre, anuncio del nacimiento, otorgamiento del nombre de la criatura, anuncio de su futura grandeza, el Espíritu, el rol de la criatura, pregunta, respuesta angelical + signo, partida del ángel. Si bien estos paralelos son evidentes, la anunciación del nacimiento de Jesús (y también los demás relatos relacionados con el niño Jesús) sobrepasa cualitativamente el anuncio del nacimiento del futuro Bautista: el nacimiento de Jesús remite a la iniciativa de Dios, el nacimiento virginal no tiene antecedentes en el AT, María recibe un saludo especial, la grandeza y la santidad de Jesús no tienen paralelos, Juan será antecesor y Jesús será Hijo y Rey por siempre, María acepta totalmente el anuncio. La anunciación tiene la forma literaria de un llamado, al cual María responde como sierva obediente de Dios.

La exégesis ha discutido ampliamente sobre la naturaleza de las fuentes lucanas en los capítulos 1 y 2 del EvLc. Es sumamente difícil encontrar un consenso sobre la materia, más allá de la constatación de que el paralelismo entre ambas anunciaciones y la superación de la primera por la segunda reflejan el interés teológico de Lucas.

Un tema muy complejo, vinculado a la cuestión de las fuentes, es todo lo que se relaciona con el concepto del nacimiento virginal o, con mayor precisión, de la concepción virginal de Jesús. Bajo la influencia de la escuela de la historia de las religiones han sido aducidos diversos textos y tradiciones supuestamente subyacentes al texto bíblico. Esos relatos hablan comúnmente de contacto sexual (*hierós gamos*, bodas o casamiento sagrado) entre alguna divinidad y un ser humano, cuyo resultado era un héroe, un semidiós, el hijo o la hija de un dios o una diosa, un genio. Sin embargo, el texto bíblico no tiene indicación ni tono alguno que apunte a ese sentido. No habiendo sido encontrado hasta el presente ningún “missing link” entre los textos de la antigüedad y el texto lucano que habla de la concepción por la acción del Espíritu Santo y el poder del Altísimo, no es posible postular responsablemente un vínculo entre Lucas 1,35 y los trasfondos sugeridos de la historia de las religiones. Actualmente, la exégesis coincide en que la mitología antigua no puede proveer ningún esquema satisfactorio para el concepto bíblico. Sólo reconstrucciones muy especulativas pretender ver algún paralelo entre la historia cristiana y las fuentes antiguas. Por otra parte, la ausencia de un padre humano, la acción de Dios en la

concepción y la consiguiente deducción de la identidad de la criatura como hijo de Dios constituye una matriz muy peculiar que tampoco puede ser deducida de los modelos de pensamiento veterotestamentario, salvo que se destroce todo el texto y se atribuyan las explicaciones del ángel Gabriel (sobre todo, la fórmula *Hijo de Dios*) al trabajo redaccional.

En síntesis, la figura de la concepción virginal no ha sido tomado ni del paganismo ni del judaísmo precristiano. Por su parte, el texto hebreo de Isaías 7,14, citado según la versión griega por Mateo 1,23, habla de una *mujer joven*. La tradición judía nunca leyó el texto isaiano en la perspectiva de una concepción virginal del Mesías. En este sentido, el evento de Jesús dio significado al texto griego de Isaías 7,14 que sí habla de una *virgen*; pero el texto de Isaías no “creó” la concepción virginal de Jesús. Tampoco hay antecedentes de una comprensión judía del Mesías como Hijo de Dios en un sentido que trascienda las meras categorías adoptacionales.

Asimismo, por la función que tiene la concepción virginal en Lucas 1,26-38, no cabe tomarla como una deducción teológica de la afirmación cristiana que Jesús es el Hijo de Dios. La cuestión es más compleja aún, ya que entra en juego una serie de tradiciones: la acción del Espíritu de Dios en la creación (al contrario de lo que sostiene cierta imaginaria popular, el Espíritu Santo no es un principio engendrador paterno – *ruaj* es femenino en hebreo, *pneuma* es neutro en griego); los antecedentes del concepto *Hijo de Dios* en el pensamiento judío (adopción, elección, relación especial con Dios); la filiación divina; las relaciones entre los relatos de Lucas y de Mateo.

Ante todo este complejo seguramente insoluble de problemas históricos, teológicos, de tradiciones y conceptos, y ante la constatación de que el relato reproducido en Lucas 1,26-38 con seguridad es mucho más antiguo que lo que se ha sugerido con frecuencia, consideramos que la adecuada postura teológica consiste en primer lugar en una actitud de adoración ante el misterio del Dios encarnado (el texto mismo se acerca de manera muy respetuosa a ese misterio), pues un nuevo evento creacional y único crea al Mesías humano como Hijo de Dios. Segundo, hemos de realizar un esfuerzo sincero por tratar de comprender e interpretar para nosotros y nosotras hoy las enseñanzas teológicas vinculadas a los elementos del texto lucano. Para ello, proponemos hacer un repaso de los nombres y títulos otorgados al Niño anunciado.

Los títulos cristológicos

Los vs. 32-33 comunican el significado del hijo de María: él será el Rey mesiánico. Veamos de qué nombres y títulos se trata.

Jesús, un nombre por demás común en la época, significa *Yavé salva*. Los nombres suministrados por Dios generalmente tienen un significado etimológico, tal como lo explica el texto ciertamente paralelo de la anunciación a José en Mateo 1,21: *Y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados*.

Será grande: a diferencia de Juan el Bautista, que *será grande delante de Dios* (Lucas 1,15), la grandeza de Jesús será de carácter mesiánico, cristológico.

Será llamado Hijo del Altísimo: este giro puede interpretarse como *será reconocido como...* El término *Hijo* designa aquí claramente al Mesías. Pertenece a la tradición conformada por 2 Samuel 7,12-16; 1 Crónicas 22,9-10; Salmo 2,7; 89,26-29. Estos textos contienen el concepto del llamado a la filiación, propio del ritual real veterotestamentario, por el cual David y los reyes que le siguieron fueron comprendidos como *hijos de Dios*. Este concepto no fue renovado después

del exilio. En cambio, los textos indicados jugaron un rol decisivo en el desarrollo de la esperanza mesiánica.

La *filiación* es un estado elevado y una relación estrecha con Dios, experimentada por el Mesías. Sobre la base de la misma, el Mesías puede cumplir sus funciones mesiánicas.

El trono de David su padre: esta fórmula podría contener un eco de 1 Reyes 1,48. Véase también 1 Reyes 2,24.

Rey sobre la casa de Jacob para siempre: se trata de una de las ideas mesiánicas del AT, aunque no según la formulación de ciertos textos “clásicos”: Génesis 49,19; Salmo 110,4; Ezequiel 37,25. La formulación más cercana se encuentra en 2 Samuel 2,4, donde David es ungido como rey sobre la casa de Judá. Al hablar de la casa de Jacob, el texto subraya el gobierno sobre las Doce Tribus. En el Niño anunciado se cumple la promesa de un reinado eterno en el sentido propuesto por Isaías 9,6.

Su reino no tendrá fin: se trata de una formulación frecuente en el AT. Aplicada al Mesías, significa que su reinado reemplazará los dominios, poderes y reinos temporales y perecederos.

Si Juan el Bautista debe su concepción al milagro de la fertilidad de un matrimonio viejo y estéril, Jesús recibe su vida por la acción creadora de Dios que reemplaza una concepción humana. *Espíritu Santo* (sin el artículo en el texto griego) y su acción (*vendrá sobre ti*) están puestos en paralelismo con *poder del Altísimo* (también sin artículo) y su acción (*te cubrirá con su sombra*). Este último verbo suele emplearse en combinación con la nube que “encierra” o “contiene” la presencia de Dios (cf. Éxodo 40,34-35; Mateo 17,5 // Marcos 9,7 // Lucas 9,34). El término no describe, pues, la modalidad del acto de la concepción, sino que habla de la presencia de Dios en el Espíritu creador. De esta manera, el llamado a la filiación divina se explica como engendramiento por la acción de Dios en el Espíritu Santo y el poder del Altísimo.

La versión *Reina-Valera* traduce la siguiente cláusula *El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios*. Es más correcto traducir *Lo que nacerá, será llamado Santo, Hijo de Dios*. El Niño será santo porque proviene de la acción creadora de Dios por su Espíritu. *Santo*, lejos de significar “moralmente mejor” o “perfecto”, significa *separado para Dios, perteneciente a Dios*; e incluso *divino, de naturaleza divina*. La cláusula *Hijo de Dios* es una aposición. Es una nueva y rotunda afirmación mesiánica.

Los vs. 32-33 contienen una afirmación decidida del mesianismo davídico, sostenido por Lucas. Ahora bien, el texto lucano no atribuye la duración ilimitada del reinado a la casa (familia, descendencia) de David como sí lo hace 2 Samuel 7, sino que anuncia al portador eterno de ese reinado – diferencia ésta que parece sutil, pero que es fundamental. Es decisivo notar que Lucas entiende la realización de este mesianismo en términos que trascienden el mesianismo judío tradicional, como lo evidencian claramente los siguientes textos: Lucas 19,14.27.38; 23,2-3.37-38; 24,26; Hechos 1,6; 2,30-36; 13,34-39. Lucas 19,11, por su parte, establece una relación entre el reinado de Jesús y la terminología del Reino de Dios.

Si bien en la anunciación no se use el título de *Mesías*, el conjunto de todas las formulaciones indica claramente que el Niño será precisamente el **Mesías**. A su vez, el texto coloca todo su énfasis en la iniciativa total de Dios. La elección o designación del Hijo mesiánico, realizada por Dios, no descansa sobre algún individuo destacado entre las “masas” humanas ya existentes; sino que Dios “desarrolla” al Mesías mediante un acto creacional único que hace que nazca una criatura que de otra manera jamás habría existido. En términos del análisis semiótico puede

decirse que el objetivo del texto de la anunciación consiste en presentarnos – “crear”, si se quiere, en sentido literario – al sujeto **Mesías** a partir de la acción de Dios, y suministrarnos un anuncio global del programa de acción de ese sujeto.

Ante la impresionante condensación de significados cúmulo de los muchos nombres y títulos mesiánicos del Niño y pasando ahora a una visión estructural del texto bíblico, cabe una pregunta importante. Para el análisis estructural, cada programa, acción, objeto, sujeto levanta ante sí un respectivo antiprograma, una antiacción, un antiobjeto, un antisujeto. Estos “antis” no necesariamente aparecen en el texto bajo estudio; pero una visión más global del libro entero, del cual un texto determinado es apenas una pequeña porción, permite reconstruir un panorama donde los “antis” aparecen de manera explícita. En concreto: al colocar en serie todos los títulos del Mesías, se forma un potencial considerable de capacidad, poder y autoridad. Esto se opone explícita o implícitamente a otros potenciales. ¿Quiénes son los poseedores de poder y autoridad? ¿De quién emana “no salvación”? ¿Quién usurpa el trono? ¿Cuáles son los reinos temporales opuestos al reinado eterno? ¿Quién no es santo? ¿Qué otros tipos de hijos hay? ¿Hijos de algún César, Augusto, Herodes, Caifás, Pilato...? El canto de alabanza de la Virgen María, el llamado *Magnificat*, podrá suministrar una primera clave para estas preguntas. Allí aparecen varios “antis” con nombre y apellido. Como un análisis del *Magnificat* excedería el propósito y los límites de este estudio exegético-homilético, dejamos la cuestión aquí, en el planteo del problema y en la indicación sobre dónde buscar respuestas.

Hacia la predicación

El sermón podría partir de los “antis”, constatando que en este mundo el poder, las capacidades y la autoridad se concentran en las manos de determinadas personas e instituciones – manejadas, a su vez – por personas. ¿Cómo es ese poder? ¿Qué logra, qué produce, qué ocasiona? Constatamos que muchos poderes sólo engendran miseria, dolor, pobreza, exclusión y muerte. ¿Qué hace Dios frente a todo ello? Esta pregunta también fue planteada por muchos creyentes del pueblo de Israel. Ante el dominio terrible y aplastante de muchos poderes de su época, desarrollaron una expectativa especial: Dios mismo intervendrá en la historia y enviará al Mesías para levantar su reino eterno. El texto lucano de la anunciación comunica que ha llegado el momento de la entrada en acción del Mesías. Esta llegada, que celebramos, agradecemos y actualizamos todos los años en Navidad, en primer lugar nos transporta a una actitud de adoración de ese misterio. En segundo lugar, cada uno de los nombres y títulos del Mesías es un llamado a colocarnos bajo su autoridad y a vivir y celebrar en nuestras vidas y en comunidad sus significados de salvación, grandeza, relación con Dios, reinado y santidad.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 033 – Diciembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: René Krüger****24.12.2002 – Nochebuena**Salmo 89:15-18; Isaías 9:2-7; Tito 2:11-14; **Lucas 2:1-20****Introducción**

En el amplio marco de la popularización y la comercialización de la Navidad, los textos clásicos de Mateo y de Lucas han sido divulgados hasta el cansancio por relatos, cuadros, pesebres, canciones, poesías, tarjetas; de manera que la amplia mayoría presume – presumimos – que su contenido es cosa conocida. Precisamente por ello se impone un esfuerzo mayor por leer, comprender y transmitir con exactitud los textos.

Lucas 2,1-20 es parte de la secuencia mayor Lucas 1,5-4,13. La llamada actividad pública de Jesús comienza explícitamente a partir de 4,14. Todo lo anterior es preparación del sujeto principal cuya acción se propone presentar el autor del libro. A esta “construcción” del sujeto pertenecen los siguientes elementos narrativos: la anunciación a la Virgen María, la aceptación por María, el nacimiento en Belén, la proclamación por los ángeles, el reconocimiento por los pastores, la nominación, el reconocimiento por Simeón y Ana, la proclamación por Juan el Bautista, el bautismo, la genealogía y finalmente, la tentación. Todos estos elementos forman una gran estructura concéntrica en cuyo centro está la nominación. Esto es altamente significativo, pues el nombre *Jesús* es todo un programa: *Yavé salva*.

Repaso exegético alternativo

El texto navideño se compone de tres subunidades: Lucas 2,1-7; 2,8-14 y 2,15-20, que ilustran la constitución del sujeto *Salvador Cristo el Señor*. La enumeración de los personajes de Lc 2,1-20 presenta una organización concéntrica que destaca la centralidad del anuncio del Niño:

- | | |
|----|--------------------------|
| A | José – María – Jesús |
| B | Pastores |
| C | Ángel |
| X | SALVADOR CRISTO EL SEÑOR |
| C' | Ejército celestial |
| B' | Pastores |
| A' | María – José – Jesús |

Vs. 1-5 Los vs. 1-5 caracterizan al Niño mediante diversas especificaciones: es un *personaje histórico* (Lucas suministra datos de la llamada historia secular: César Augusto, el censo, Cirenio; nace en el seno de una familia (José – María); queda *vinculado a Galilea y Nazaret; nace en Belén, la histórica ciudad de David; es descendiente de David.*

Vs. 6-7 Una vez preparado este panorama, el Niño nace (vs. 6-7). Empleando el verbo *cumplirse*, de vasto significado teológico, Lucas vincula terminológicamente el momento del nacimiento del Niño con el pasado histórico-salvífico, indicando que en Jesús se cumplen promesas, anuncios y esperanzas.

V. 8 De inmediato, el discurso presenta una segunda escena. Aparecen los pastores, que tenían una carga semántica muy peculiar en el contexto de aquella época. Aquí se inicia una profunda transformación del rol de esos sujetos.

Los comentarios bíblicos abundan en detalles sobre el papel de los *pastores*. Por una parte, hay algunos textos veterotestamentarios que divulgan una visión positiva de los pastores, llamando así a Moisés, David, Yavé mismo, el Mesías. Por otra, sobreabundan textos de la literatura rabínica que ofrecen una imagen pésima de los pastores. Los ven como *marginados*; los consideran *delincuentes, pillos, ladrones, indignos de confianza, incapaces para actuar como jueves y para dar testimonio público* (en este último punto, están al mismo nivel que los publicanos). Los judíos piadosos no les podían comprar lana, leche o cabritos. Según esta evaluación, ser pastor era un oficio que llevaba a la maldad. Era uno de los “oficios de ladrones”. Se los tenía por tramposos, pues conducían sus rebaños a propiedades ajenas y, además, robaban parte de los productos de los rebaños. Frente a ello, sorprende la imagen agradable que tenemos del pastor por la predicación de Jesús.

Es precisamente esta gente marginal la que recibe el primer anuncio del nacimiento de Jesús. Algo similar sucederá con la resurrección: las mujeres, que habían venido con Jesús desde Galilea, son las primeras en recibir ese anuncio. Al igual que los pastores, inmediatamente comunican la buena nueva.

El anuncio del nacimiento del Salvador Cristo el Señor a *pastores* se halla así en total oposición con la valoración común y corriente de la sociedad o por lo menos de aquellos sectores que estaban bajo la influencia de las directrices religiosas que despreciaban a los pastores. Con su aprecio de los pastores, el texto navideño se opone a esa ideología. Este cuadro se halla en consonancia con el canto de alabanza de la madre de Jesús, el *Magnificat*, que subraya la opción de Dios por los humildes, insignificantes y despreciados; y la destitución de los poderosos y ricos. Esto permite decir que para Lucas los pastores no son meros “representantes” de los marginados, pobres y pecadores. Son “eso”: marginados, pobres y pecadores. Estas personas despreciadas pasan por una profunda transformación. Primero reciben el anuncio del *evangelio*: son *evangelizados*. Es más, son los *primeros* evangelizados. A esto se agrega la referencia a la *alegría*. Aquí como en otros lugares del EvLc, la alegría se produce a raíz de las experiencias de la salvación que llega en Jesús y que establece una comunión de amistad entre las personas beneficiadas y Dios.

¿Cuál fue la carencia concreta en la que se hallaban los pastores y por la cual necesitaban la comunicación del nacimiento del Salvador? El gran esmero que puso Lucas en la redacción de su evangelio, donde cada detalle tiene sentido, lleva a deducir que esta carencia se vincula con la

condición de los *evangelizados*, precisamente, su calidad de *pastores* y como tales, de *pobres*, *despreciados*, *insignificantes*, *miserables*. Por extensión, debe incluirse aquí también *todo el pueblo* como beneficiario del anuncio.

Vs. 9-12 El anuncio es un compacto cristológico insuperable. Los títulos más destacados sirven para caracterizar a un nene recién nacido: *Salvador*, *Cristo* y *Señor*. He aquí otra oposición más, esta vez totalmente explícita: un bebé que nace en un lugar para animales y en total indigencia, cuyo símbolo es el pesebre, es anunciado con las palabras más excelsas como el sujeto más importante del mundo. El texto crea un contraste llamativo entre la pobreza del nacimiento y sus resonancias trascendentales (ángeles enviados – se sobreentiende que por Dios –, títulos mesiánicos) y cósmicas (irrupción del mundo celestial, resplandor impresionante, modelo teofánico de aparición, presencia del ejército celestial, doxología). En el otro extremo de la vida de Jesús, en su muerte, el lector y la lectora del EvLc se encontrarán con otro símbolo de miseria: la cruz. Ésta será sobrepasada por la gloriosa resurrección del Crucificado.

Vs. 13-14 El texto introduce dos nuevas realizaciones. La *gloria* y la *paz* son atribuidos a *Dios* y a la *tierra* y *los hombres*, respectivamente. La *alabanza* y la indicación de *gloria* y *paz* contienen más de lo que se nota a primera vista. Se trata por supuesto de una doxología, profundamente enraizada en la tradición litúrgica y confesional del pueblo del pacto. El texto relaciona así al Cristo con la *paz mesiánica*, el *Shalom*. Pero al mismo tiempo ha de tomarse en cuenta que esos términos tenían una enorme carga política. La *Pax romana* era un concepto fuertemente instalado en todo el imperio romano, y se mantenía a fuerza de espada “gracias” a las legiones del ejército imperial que vigilaban el vasto imperio a lo largo y a lo ancho. En el año 9 a.C. (en fecha correspondiente al 30 de enero) César Augusto – el emperador mencionado en Lucas 2,1 – dedicó el famoso altar, el *Ara Pacis Augustae*, en el Campo de Marte de Roma. Su construcción había sido decidida por el Senado en el año 13 a.C., luego del regreso victorioso de Augusto de Galia. La veneración cültica de la *diosa de la paz*, practicada a partir de los años de Augusto, evidencia las ansias de paz luego de las décadas de las guerras civiles por el poder del imperio; y a la vez es todo un programa político: la *Pax augusta* (o *Augusti*) era la paz que daban los emperadores; una paz cuyas condiciones – según la concepción imperial – eran la victoria sobre los enemigos y la total sumisión de éstos.

El texto lucano, al colocar primero la *gloria* y luego la *paz*, establece que la acción histórico-salvífica realizada por Dios a través del *Salvador* es respuesta soberana, libre, sin condiciones previas por parte de los hombres; respuesta a determinadas situaciones de necesidad en la humanidad detectadas y asumidas por Dios y cuyas carencias concretas se ubican en el plano económico (pobreza, miseria, opresión, injusticia) y relacional (desprecio, pecado, marginación). Dios otorga su *paz* de manera totalmente diferente a la de *Augusto*.

No debe menospreciarse el hecho de que el anuncio no se realiza en los lugares habitualmente usados para comunicados importantes: el foro, el senado, el cuartel de la legión, el campo de batalla, el palacio imperial, eventualmente la esplanada de un templo. Tampoco tiene lugar ante el público habitual: fieles en actitud de oración y con ricas ofrendas, súbditos obedientes, soldados y generales victoriosos, senadores, admiradores y aduladores. Agréguese la hora desacostumbrada: *de noche*. Es decir, a los destinatarios marginados se suman el lugar raro (la *comarca pastoril*) y la hora inusitada. La inversión de los valores sociales, relacionales y religiosos no sólo actúa sobre los sujetos y objetos, sino también sobre los lugares y los tiempos.

Tomando en cuenta todos estos elementos, notamos que el texto establece una oposición entre la *paz de los marginados, que viene de Dios a través del Salvador Cristo el Señor*; y los programas habituales de “paz” realizados por los poderosos. Esta oposición frecuentemente suele ser pasada por alto, ya que no aflora de manera explícita y porque el mensaje navideño ha sido terriblemente comercializado y a la vez “espiritualizado” por lecturas individualistas y dulzonas. Rescatando el significado “subterráneo” de la historia navideña, hemos de deducir que todo programa de paz, que no pase por las respuestas concretas a las situaciones de necesidad y marginación de los primeros receptores del anuncio navideño, no puede pretender venir de Dios. Por consiguiente, queda desacreditado. Al mismo tiempo, toda Navidad que no relacione su celebración con este contenido del texto bíblico, carece de autenticidad.

Vs. 15-20 Los *evangelizados* verifican ahora por cuenta propia la verdad de lo anunciado. Se ponen en movimiento y constatan que el anuncio es correcto. Habiendo pasado por esta experiencia, se transforman en *evangelizadores*. María, por su parte, guardando el mensaje y meditándolo, se convierte en *creyente* y en modelo de la comunidad que va creciendo en firmeza y en número. Con ello, Lucas traslada no sólo el vocabulario misional cristiano a los comienzos de la historia cristiana representados en este relato navideño, sino que coloca también las experiencias de la joven iglesia en las personas vinculadas a aquella Navidad. Muestra así cómo se combinan el origen divino de la tradición y el mecanismo humano de la transmisión.

Rumbo a la predicación

La preparación de la predicación navideña ha de partir de dos constataciones. Navidad es la celebración cristiana más popularizada de todas las fiestas del año litúrgico; y los textos navideños son en cierta manera los más “gastados” de todos los relatos bíblicos. Los cultos de Nochebuena y Navidad siguen “gozando de muy buena salud”, en el sentido de que cuentan con mucha participación de creyentes, participantes habituales, simpatizantes, familiares, conocidos, visitantes ocasionales, alejados y muchos otros que vienen a buscar un poco de calor humano y de contención. Segundo, tal como ya se dijo, los textos bíblicos navideños parecen demasiado conocidos, y es como que ya no encierran ninguna novedad. Un repaso exegético alternativo, que se propone leer el relato lucano a partir de las oposiciones que “saltan” del texto, quizá pueda colaborar con el hallazgo de enseñanzas ocultas bajo la capa de romanticismo y comercio navideños.

En este sentido, la predicación podría invitar a celebrar a Cristo y su obra en los siguientes términos:

- Creemos en Jesucristo, un Señor y Salvador totalmente opuesto en todo sentido a los parámetros de la sociedad que se rige según el poder, la gloria, la importancia, la riqueza, el prestigio, el estatus. Navidad es una preciosa ocasión para renovar (o iniciar) la fe en este Señor.
- Tenemos el privilegio de ser una comunidad alternativa, en la que ha de haber amplio espacio para personas marginadas, pobres, despreciadas, no queridas.
- Cada *evangelizado*, cada *evangelizada* es un *evangelizador*, una *evangelizadora*. ¿Lo asumimos? ¿Cómo lo hacemos?

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 033 – Diciembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: René Krüger****25.12.2002 – Día de Navidad****Salmo 98; Isaías 52:7-10; Hebreos 1:1-6; Juan 1:1-18****Introducción**

Como los vs. 6-8 del primer capítulo del EvJn ya fueron tratados en el estudio correspondiente al Tercer Domingo de Adviento (12 de diciembre), no los volveremos a analizar.

Juan 1,1-18 constituye el prólogo del libro. Los temas, la forma literaria y la relación de este prólogo con el escrito entero han sido estudiados a fondo por la exégesis; y nos llevaría demasiado lejos presentar aquí incluso tan sólo un breve resumen de los resultados de esas exhaustivas investigaciones. Diremos tan sólo que en su prólogo, de alta calidad poética, el autor anuncia con palabras claves y breves formulaciones los grandes temas que desarrollará en su evangelio: *vida, luz, venido al mundo, mundo, gloria, verdad*, el nuevo nacimiento, la preexistencia de Jesucristo, la divinidad del *Logos* Jesucristo, el *testimonio*, la tarea de revelación del *Logos* encarnado. De esta manera, el prólogo, como el texto programático de apertura (lo cual es muchísimo más que sólo un prefacio), dirige la comprensión de quienes leen el evangelio. Haciendo juego con Juan 20,30-31, el prólogo es la clave hermenéutica para el evangelio entero, instruyendo sobre cómo debe ser leído y comprendido el texto. Quienes leen el evangelio son introducidos a sus temáticas mediante el prólogo; y pueden estar seguros de que comprendieron el texto cuando pueden expresar su acuerdo personal con la afirmación de fe de Juan 20,31. Al mismo tiempo, el prólogo se parece a la apertura de una ópera: despierta el interés, el “apetito” del público, preparándolo para la obra que se inicia e introduciendo las grandes líneas temáticas.

La peculiaridad del prólogo consiste en emplear categorías universalmente conocidas en aquel entonces; categorías que llamaban la atención a judíos, cristianos, paganos, helenistas, orientales, creyentes de religiones antiguas y modernas, filósofos y pensadores por igual. La categoría central es la del *Logos*, la *Palabra*. En ella suenan varias campanas a la vez: los ecos de la *acción* o *actuación* de la *Palabra* de Dios, proveniente del AT; los sonidos de la *naturaleza* de la *Palabra* con el característico énfasis griego colocado sobre el *ser*; y fundamentalmente el tono peculiar cristiano, según el cual *la Palabra* implicaba las *Buenas Nuevas*, la revelación de Dios, la salvación en Cristo. En última instancia, este contenido es el decisivo. Las resonancias de Génesis 1,1, la sabiduría, el *logos* y la filosofía en el mundo griego, la razón, etc. son eso: resonancias; pero el marco básico para la comprensión del texto lo suministra el empleo cristiano de *la Palabra de Dios*. De esta manera, también se aclara la relación de Jesús *Logos* con otras imágenes empleadas por Juan: *Vida, Pan, Luz, Verdad, Camino, Puerta, Resurrección*.

El prólogo se divide de la siguiente manera: vs. 1-5: el *Logos* y la creación; vs. 6-8: el testimonio de Juan el Bautista; vs. 9-13: las reacciones al *Logos* en el mundo; vs. 14-18: la confesión del *Logos* por la comunidad creyentes.

Repaso exegético

La Palabra preexistente, Juan 1,1-5

Vs. 1-2 La cláusula introductoria recuerda Génesis 1,1, pero va más allá – más “atrás” que ese texto. Juan no está hablando del comienzo de la creación, sino del comienzo absoluto. Quiere mostrar que el *Logos*, el *Verbo* (como dicen las traducciones “clásicas”), la *Palabra*, esa misma *Palabra* ahora encarnada, existía desde antes de la creación. Luego presenta un tema muy profundo: la *Palabra-Dios*. La preposición griega *prós*, traducida frecuentemente por *con*, sugiere la idea de comunión. Literalmente significa *hacia*. Con ello, aparece una cierta diferenciación entre el *Logos* y Dios, pero ésta es “corregida” en la tercera frase: *el Logos era Dios* y más tarde también por el último versículo del prólogo. En Juan 1,1c *Dios* no es adjetivo, como si se dijera que el *Logos era* meramente *divino*. *Dios* es sustantivo; por ello, Juan está hablando de la *deidad* del *Logos*. Por otra parte, *Dios* no lleva artículo, con lo cual el texto indica que está hablando de una característica esencial del *Logos*. Dios es el “lugar” de la *Palabra*. En la *Palabra* Dios habla de sí mismo, se comunica, se revela. En Jesucristo – pues el *Logos* es él y nadie ni nada más – Dios se revela totalmente.

Se nota que el autor hace un enorme esfuerzo para formular adecuadamente el misterio de lo paradójico de la identidad y a la vez una diferenciación (que no es lo mismo que *diferencia*) entre el *Logos* y *Dios*. Más adelante dirá que el *Unigénito Dios* revela a Dios. Al mismo tiempo, Juan no quiere causar la impresión de que existen dos Dioses, un Dios Padre y un Dios *Logos*. Como Pablo, él sostiene y defiende un monoteísmo exclusivo de estructura binitaria.

V. 3 Acto seguido Juan habla de la actividad creativa del *Logos*. Vinculando la creación entera con el *Logos*, subraya una vez más la estrecha relación entre Dios y el *Logos*. La vinculación del *Logos* con la creación se opone a las especulaciones gnósticas sobre intermediarios o un dios inferior (*demiurgo*) como artífice de la creación material y por consiguiente, también inferior a la espera espiritual.

Vs. 4-5 Juan presenta una idea fundamental para su evangelio: la *vida* y la *luz* son brindadas por el *Logos* al mundo. También en el mundo físico la vida depende de la luz. Juan usa esas categorías para ilustrar la relación entre el *Logos* y los seres humanos. Tanto el prólogo como el libro entero tematiza este movimiento del *Logos* en dirección a la humanidad entera. La conclusión en Juan 20,31 volverá a este punto: el propósito del libro es que las lectoras y los lectores, por su fe en Jesús como Cristo, el Hijo de Dios, tengan vida en su nombre.

La luz que vino al mundo, Juan 1,9-13

V. 9 El *Logos* es la *luz verdadera*. La formulación *venido* ya remite a la encarnación, que será referida explícitamente en el v. 14. Nótese que recién en el v. 17 Juan dirá explícitamente que se trata de *Jesucristo*.

Mundo se refiere a algo más que al *mundo creado*. Juan emplea este concepto para referirse tanto a la *gente* como a *quienes se oponen a Dios*. Distingue entre *los que creen* y el *mundo que no*

cree. Por eso, el término *mundo* no debe interpretarse como si Juan se manejara con un esquema dualista.

Vs. 10-11 En medio de una serie de frases muy positivas se levantan las afirmaciones de los vs. 10-11. Retomando la oposición entre la *luz* y las *tinieblas* anunciada en el v. 5, aquí hay una constatación seca de una experiencia sumamente trágica: no todos aceptan la luz. Ahora bien, el tono amargo de esta frustración es sobrepasado por el empleo del verbo en tiempo presente del v. 5: la luz *resplandece, continúa resplandeciendo*.

Vs. 12-13 Mientras que los dos versículos anteriores contenían el eco de la frustración, éstos dos expresan la alegría y a la vez la admiración ante el milagro de la filiación divina de las personas creyentes. La acción personal y humana de *recibir* es sobrepasada por la iniciativa divina del otorgamiento del poder (*exousía*, en griego) de llegar a ser *hijos de Dios*. Se trata de una clara alusión al *nuevo nacimiento*, desarrollado luego en el cap. 3 en la larga conversación con Nicodemo. Juan subraya explícitamente la diferencia entre este nacimiento de Dios y los medios (masculinos) habituales de engendramiento (*sangre, voluntad de carne, voluntad de varón*). La salvación no es cuestión de ascendencia o descendencia, etnia, tradición, religión, esfuerzos, méritos. Es don de Dios, aceptado por fe. Es nueva creación, obrada exclusivamente por Dios.

La encarnación de la Palabra, Juan 1,14-18

V. 14 Éste es el punto culminante y la clave de interpretación de todo el prólogo. Es la meta de la secuencia de ideas de los primeros 13 versículos y la frase cardinal de la segunda secuencia, desarrollada en los vs. 15-18. Luego de trabajar mayormente sobre la dimensión teológica del *Logos* y la revelación, ahora Juan pasa a su dimensión histórica.

Carne (*sárx*, en griego) abarca un amplio espectro de significados: *carne*; por extensión, *cuerpo* (físico); *persona, ser humano*; *naturaleza humana o mortal*; *descendiente, relación de sangre, grupo étnico, raza*; *vida terrenal, corporalidad, limitación física*; (punto de vista) *humano*; *poder pecaminoso* (*carne* en sentido ético, sobre todo en las epístolas paulinas; en oposición al *espíritu*).

En Juan 1,14 *carne* es sinónimo de *plena humanidad*, de ser humano de carne y sangre. La formulación de Juan es muy impactante y más expresiva que si hubiera dicho que *la Palabra tomó forma* (*morfé*, en griego) *de humanidad*, o que *se hizo semejante a los hombres* o que *se halló en la condición de hombre* (Filipenses 2,7-8). En Juan 1,14 el *Verbo-Dios* se convirtió en – llegó a ser – el Jesús humano. En esta formulación vibra el rechazo de todo pensamiento gnóstico docetista que descalifica la carne, la materia, el mundo creado; y por ende, la encarnación plena de Dios en el ser humano Jesús. (Para los gnósticos docetistas, Dios o lo divino jamás puede encarnarse; pues la carne, en cuanto material, es inferior, pecaminosa. Ellos interpretaban la venida de Cristo como una “apariencia”: el *Logos* eterno habría tomado sólo aparentemente la forma de ser humano. El término *docetista* proviene del verbo griego *dokeo*, parecer).

Juan insiste que el *Logos* que *llegó a ser carne* no tuvo un mero “contacto” con lo terrenal, una comunicación pasajera entre el cielo y la tierra. La expresión implica una transformación del *Logos*, pues éste es ahora lo que no había sido antes: pleno, verdadero y real ser humano. Al mismo tiempo, la formulación juanina remarca que el hombre Jesús es el Revelador divino, que se ofrece a sí mismo como mensaje. La encarnación no implica el abandono de la divinidad de

Jesús. La humanidad de Jesús está estrechamente vinculada con su divinidad. Jesús llegó a ser hombre y a la vez permanece siendo Dios.

La formulación *habitó entre nosotros* emplea el verbo *acampar* que trae reminiscencias de Dios viviendo entre su pueblo en el desierto. Sugiere la idea de presencia divina comprometida con un pueblo que lleva una existencia temporaria, llena de limitaciones y necesidades.

Juan se apura en dar testimonio personal de esta encarnación. No fue una mera apariencia, un espectro, un fantasma en el cual creyeron y creen el evangelista y tantos otros (Juan está hablando en plural), sino un ser histórico, real y pleno en todo sentido. La construcción entera del testimonio lleva a asociar la gloria a todo el ministerio de Jesús, no sólo al momento peculiar de la transfiguración o de algún milagro o al momento culminante de la resurrección. Al mismo tiempo, se trata de una gloria particular: uno solo – el Unigénito – recibió ese tipo de Gloria del Padre. El texto subraya así el carácter único de Cristo y el hecho de que en ministerio fue una expresión de la gracia de Dios y una revelación de la verdad suprema.

El v. 15 es un paréntesis intencional, pues remarca el valor fundamental del testimonio.

V. 16 Juan vuelve a subrayar la importancia de la experiencia directa de la gracia. De paso, Juan puntualiza el carácter progresivo del proceso de fe y obediencia cristianas.

V. 18 Este versículo recuerda al lector y a la lectora el v. 1. No hay otra vía para conocer a Dios que por medio de Jesucristo. Mostrando a Dios, la revelación de Jesucristo es superior a toda otra pues él es el único que ha hecho conocer a Dios. La versión *Reina-Valera* sigue la variante *el unigénito Hijo*; mientras que la crítica textual exige tomar como original la lectura *el unigénito Dios*, apoyada por los manuscritos más antiguos y fidedignos. Es una nueva afirmación de la deidad de Jesús. La variante *el unigénito Hijo* se adapta mejor a la evolución teológica y al contexto del versículo que habla del *seno del Padre*; pero justamente esto es una indicación del carácter secundario de esta formulación: es comprensible que algún copista “acomodó” el texto algo difícil cambiando *Dios* por *Hijo*.

Breve reflexión prenavideña

El romanticismo navideño y la comercialización de estos días de fiesta hicieron lo suyo para ocultar el misterio de la encarnación bajo toneladas de desperdicios y escombros de nostalgia, rutina y gastos inútiles.

Dios encarnado en el hombre Jesús; Dios totalmente presente en aquel hombre histórico y concreto nacido en Belén, criado en Nazaret, muerto y resucitado en Jerusalén – estamos tan acostumbrados y acostumbradas a celebrar su nacimiento, recordar su pasión y escuchar de su resurrección, que ya ni nos damos cuenta de lo impactante y profundamente desafiante que es todo ello. Es tiempo que removemos las cáscaras y la escoria que nos impide asombrarnos de veras ante el misterio de Dios encarnado.

Navidad es incomparablemente más que “lo tradicional”. Por más cariño que le tengamos a las dulces campanitas, la musiquita de *Jingle Bell* y los adornitos chispeantes, Navidad nos sacude en nuestra existencia, porque Dios se mete a fondo en nuestro mundo y en nuestra humanidad y dice “Sí” a un montón de cosas, pero también “¡Basta!” a muchas otras. Dios asume nuestra fragilidad, nuestras culpas, nuestros dolores. Dios dice sí a la fragilidad humana y por consiguiente, a todos los sufrimientos y necesidades de los cuerpos tan rebajados por los

docetistas antiguos y modernos. Dios dice sí al compromiso con los débiles, impuros, excluidos, miserables, feos y odiosos. Dios dice “¡Basta!” al desprecio, la marginación y la anulación. Dios dice “¡Basta!” a la destrucción del amor, la dedicación, el trabajo, la solidaridad. Dios dice “¡Basta!” a un sistema económico que produce abismos cada vez más horribles en esta humanidad asumida por el *Logos* eterno.

Dios dice “¡Basta!” al derrumbe de nuestra identidad cristiana, porque es ésta la que está en juego cuando se destruye la humanidad tal como está aconteciendo. Dios no puede permitir que la situación general acabe con todo aquello que él mismo inició en su encarnación y que ha llegado hasta nosotros: la reconciliación de la humanidad con Él, la capacitación para amar por ser aceptado y aceptada por Él, la alegría de ser su testigo.

Rumbo hacia la predicación navideña

1. ¿Qué nos proporcionan los festejos navideños? Más allá de las respuestas estereotipadas, ¿qué inventarios podemos hacer luego de las Fiestas? ¿Coinciden nuestras Navidades con el nacimiento de Dios encarnado, del cual habla el evangelista? ¿Seremos capaces de dejarnos desafiar por el texto bíblico, que habla de *Palabra, Luz, Vida, Gracia, Gloria, Testimonio*?
2. Dios nos acepta. Él mismo es su propio brazo encarnado en Jesús que nos abraza y sujeta. La fe en el Unigénito es el “acceso” a ser creado de nuevo, a nacer de nuevo, a convertirse en hijo e hija de Dios.
3. Haciéndonos sus hijos e hijas, Dios a la vez nos transforma en testigos de Cristo y de su amor, en medio de la cerrazón de nuestros tiempos.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 033 – Diciembre 2002**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001****Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET****Buenos Aires, Argentina****Este material puede citarse mencionando su origen****Responsable: René Krüger****29.12.2002 – Domingo después de Navidad**Salmo 148; Isaías 61:10-62:3; Gálatas 4:4-7; **Lucas 2:22-40****Breve introducción**

Esta historia, repleta de alusiones al AT y cuya primera parte refleja la influencia de la presentación de Samuel en el templo (1 Samuel 1-2), se conoce comúnmente bajo el título de *Presentación de Jesús en el templo* o también *Simeón y Ana*. Contiene el tercero de los tres cánticos de la etapa preparatoria de la misión pública de Jesús y Juan el Bautista. Luego de los himnos conocidos como el *Magnificat* de la madre de Jesús y el *Benedictus* de Zacarías, el padre de Juan, encontramos el canto llamado *Nunc dimittis*. Estos nombres provienen de la palabra inicial de la versión latina de los respectivos textos bíblicos, que durante muchos siglos fue la versión dominante en la Iglesia católica. *Nunc dimittis* significa *Ahora despides*. Así empieza el cántico del anciano Simeón, uno de los personajes de este relato, junto a la anciana viuda Ana.

Así como Zacarías había reconocido en el *Benedictus* el rol del niño Juan en la historia de la salvación, Simeón y Ana dan testimonio del rol del niño Jesús en esa historia, proyectada a toda la humanidad. Ambos personajes representan una transición de la mejor fe veterotestamentaria a la fe en Jesús el Mesías.

Repaso exegético

La ley veterotestamentaria prescribía un rito de purificación para las madres después de haber dado a luz (Levítico 12,1-8). El texto nos presenta a María dando cumplimiento a esta prescripción. Nótese que la ley tenía una disposición especial para personas de condición pobre, y ésta es la que se aplica en este caso.

La ley también disponía que un primogénito fuera “redimido”. Al considerar a los primogénitos como consagrados a Dios, los padres debían hacer un pago especial para “rescatar” a sus hijos. (En el caso de los primerizos de los animales, éstos eran sacrificados a Dios).

El centro del relato es la reacción de Simeón y Ana al ver al niño. Simeón, caracterizado como hombre justo y piadoso, esperaba el *consuelo* de su pueblo, y vivía bajo el Espíritu Santo. El texto remite a Isaías 40,1 y 61,2, donde se anuncia esta consolación. Bajo este término se entiende la *liberación*, no un consuelo interior en un momento de tristeza o desánimo. Guiado

por el Espíritu Santo, llega al templo y ve al niño. El relato se adelanta en calificar a la criatura como *Cristo del Señor*. Luego del anuncio de los ángeles a los pastores de Belén, ésta es la segunda vez que Jesús es proclamado como el *Mesías* anunciado y tan largamente esperado.

Ante el cumplimiento de sus expectativas, Simeón sólo puede expresar su profundo agradecimiento a Dios, manifestar que da por concluida su vida y dar su testimonio sobre la misión del Salvador. Lo decisivo de su testimonio no es sólo el anuncio del cumplimiento de la expectativa y con ello, de la irrupción de la salvación mesiánica, sino la amplitud de esta salvación: ella excede totalmente las fronteras de su propio pueblo. Abarca a toda la humanidad. Judíos y gentiles son colocados “en paralelo”: la salvación se abre a ambos. Aquí se afirma por primera vez la dimensión universalista de la salvación, un aporte teológico típicamente lucano elaborado a partir de algunas promesas del AT: Salmo 98; Isaías 42,6; 49,6; 52,10. Asimismo, las siguientes palabras de Simeón expresan otra característica esencial de la teología de Lucas: *salvación para todos los pueblos* no significa *gracia barata*; sino que la legada del niño será tanto para juicio (*caída*; remitiendo a Isaías 8,14-15) como para salvación (*levantamiento*). El tema del *tropiezo* es retomado también por otros textos neotestamentarios. La actuación del Mesías arrancará las máscaras de la gente, y frente a él se verá con claridad cómo es cada cual. Esto lógicamente no sólo producirá adhesión, sino también resistencia, y María misma sufrirá la oposición que se levantará contra su hijo.

El texto permite dos interpretaciones en lo que respecta a los sujetos de la *caída* y el *levantamiento*: puede tratarse de la *caída de unos* y el *levantamiento de otros*, o también al *arrepentimiento* y la *salvación de las mismas personas*.

El testimonio de Simeón es confirmado por Ana, viuda muy anciana. Ana es profetisa; y se ubica en la línea de mujeres profetisas del pueblo de Israel: la profetisa y líder Miriam, la profetisa y jueza Débora, la profetisa Hulda y la profetisa, esposa de Isaías. Ana también proclama públicamente a Jesús. *Jerusalén* es aquí sinónimo de *Israel*. En la teología lucana, *Jerusalén* es el lugar inicial de la extensión de la salvación hasta los confines de la tierra. La referencia a la *liberación de Jerusalén* forma una inclusión con el v. 25, uniéndose de esta manera ambas expectativas como también ambos testimonios. Nótese que Lucas acostumbra presentar siempre dos o tres testigos para sus afirmaciones – en lo posible, también un hombre y una mujer – de acuerdo a la disposición del AT que pedía precisamente “dos o tres testigos” (Deuteronomio 17,6; 19,15; retomado en Mateo 18,16; 2 Corintios 13,1; 1 Timoteo 5,19; Hebreos 19, 28). Esto vale para las historias preparatorias de Juan el Bautista y Jesús; y luego para trece relatos de actuaciones de Jesús.

El v. 33 tiene una función redaccional: el asombro de José y María, algo extraño si se toma en cuenta que ya conocían el destino de la criatura, es figura del asombro que deben producir las palabras de Simeón en el lector y la lectora del evangelio. Además, puede haber una dimensión psicológica: los padres se extrañan porque un desconocido conoce cosas tan profundas. Tercero, la maravilla es elemento bíblico constante ante la revelación divina.

Hay una progresión en la preparación de Jesús: los pastores reconocen al niño por la señal recibida de los ángeles: el pesebre; Simeón lo busca y lo reconoce por la guía del Espíritu Santo.

A diferencia de quienes sostenían una expectativa mesiánica davídica de corte nacionalista, político y hasta violento, centrada en Israel y en su supremacía sobre todos los demás pueblos, Simeón y Ana son representantes típicos de una esperanza mesiánica sustentada por los que se conocen como los *silenciosos de la tierra*. Éstos no tenían sueños de poder, dominio y

hegemonía, de grandes proclamas y ejércitos victoriosos. Preferían la vida de oración y adoración. Esperaban con humildad en la venida de Dios.

Reflexión sobre un posible esquema para el sermón

Además de informar sobre el cumplimiento de las disposiciones relacionadas con la purificación y las ofrendas, este relato presenta un cuadro espléndido con personajes fuertes que se colocan frente al Niño, y cuyos tres movimientos son *espera*, *encuentro* y *testimonio*. Dado que para la predicación se impone trabajar sobre una temática y no varias (y menos aún sobre todas las que contiene un texto en cuestión), proponemos tomar estos tres movimientos y proyectarlos como focos homiléticos sobre nosotros.

1. *Espera* paciente: ¿Qué esperamos nosotros? Simeón y Ana esperaban la venida del Mesías. Su expectativa se traducía en una actitud de oración silenciosa, adoración de Dios, espera ferviente. ¿En qué y en quiénes están cifradas nuestras esperanzas? ¿Cómo esperamos lo que esperamos?
2. *Encuentro* feliz: Pocos días después de las fiestas navideñas, seguramente sigue brillando algo de la luz encendida el 24 ó 25 de diciembre. Ella sigue siendo una invitación a encontrarnos con Jesucristo, Dios hecho hombre.

El sermón puede ofrecer algunas pistas concretas para fomentar o facilitar ese encuentro.

3. *Testimonio*: El esperado encuentro con el Señor nos transforma en testigos. ¿Qué testimoniamos? ¿Cómo actuamos como testigos? ¿Qué ocasiones tenemos para ello? ¿Qué testimonio espera nuestra sociedad de cada cristiano, cada cristiana? ¿Qué testimonio se está esperando de cada iglesia?

Bibliografía consultada para los textos del mes de diciembre de 2002:

AAVV, *New Bible Commentary*, 21st Century Edition, Inter-Varsity Press, Leicester-Downers Grove, Illinois, 1994⁴.

BEASLEY-MURRAY, John George R., *John*, Word Biblical Commentary, Vol. 36, Dallas, Word Books, Publisher, 1987.

KRÜGER, René, “Auxílio homilético 26º Domingo após Pentecostes”, en: *PROBLAMAR LIBERTAÇÃO* 16, EST-IECLB, São Leopoldo, Editora Sinodal, 1990, 302-310.

-, “Auxílio homilético 2º Domingo de Advento”, en: *PROCLAMAR LIBERTAÇÃO* 29, EST-IECLB, São Leopoldo, Editora Sinodal, 2002, p. 13-19.

NOLLAND, John, *Luke 1-9:20*, Word Biblical Commentary, Vol. 35 A, Dallas, Word Books, Publisher, 1989.

SCHNELLE, Udo, *Das Evangelium nach Johannes*, THKNT 4, Evangelische Verlagsanstalt, Berlín, 1998.